

BIBLIOTECA

Selecta

EL CIEGO
DEL BULABA

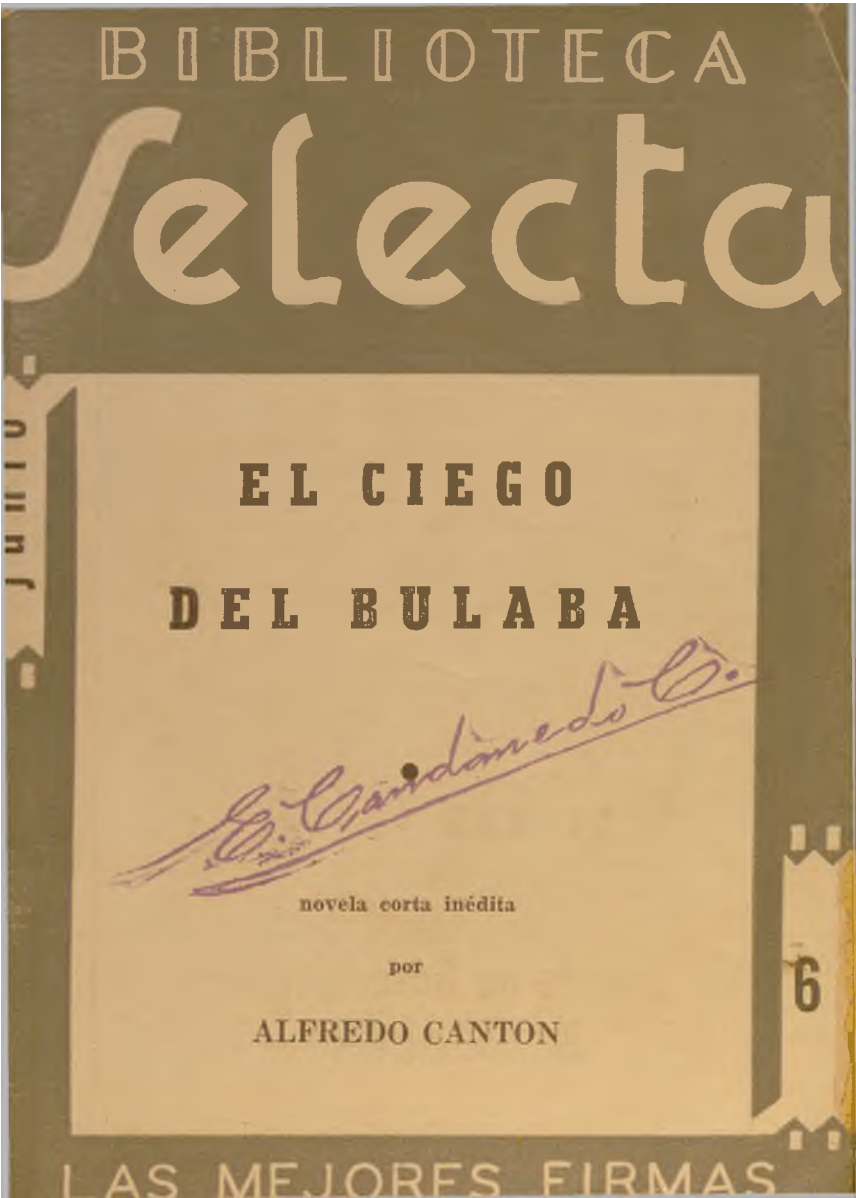
E. Cardoneda C.

novela corta inédita

por

ALFREDO CANTON

LAS MEJORES FIRMAS



Cada país debe crear, mantener y
acrecentar el valor intelectual, moral
y físico de sus generaciones activas,
preparar el camino a las generaciones
venideras y sostener a las generacio-
nes eliminadas de la vida productiva.

Este es el sentido del

SEGURO SOCIAL:

una economía auténtica y racional
de los recursos y valores humanos.

Busque Este Rótulo en la Carretera Trans - Istmica



15 minutos sobre ancha carretera de concreto y encuentra Ud una temperatura 8 grados más fresca que en la ciudad.

41 lotes vendidos el primer mes son prueba de que en corto tiempo será ésta una moderna ciudad, con acueducto, luz, calles pavimentadas. Hemos reservado lotes para mercado, almacenes, estación de gasolina y más necesidades de toda ciudad moderna.

Solicite informes en la oficina allí instalada, o llame al teléfono 2930.

Una Urbanización de la *Compañía* **L. MARTINZ S.A**

AROELECTRICA, S. A.

AGENCIAS, MATERIALES Y
SERVICIOS ELECTRICOS

Cable: "AROELECTRICA"

AVE. CUBA No. 10
Tel. 2156
Apartado 143
PANAMA, R. P.

Avenida
JUSTO AROSEMENA
Y CALLE 12
Tel. 1088-L
COLON, R. P.

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sinán

Año I — Junio de 1946 — Número 6

El Ciego del Bulabá

•

novela corta inédita

por

ALFREDO CANTON

BIBLIOTECA SELECTA

P A N A M A

1 9 4 6

BIBLIOTECA SELECTA

Publicación mensual dirigida por Rogelio Sirán

Oficinas: Avenida Ancón 73.

Apartado postal: 3181

Teléfono: 1436-L

Panamá, República de Panamá.

Precio de Suscripción

B. 1.50 al Año

• • •

En el próximo número publicaremos

LA CERCA DE PIÑUELAS

novela corta inédita

por

JULIO B. SOSA

• • •

Suscríbese a la
"Biblioteca Selecta"

ALFREDO CANTON



Alfredo Cantón tiene ya en Panamá una estimable carrera como escritor, pues desde muy joven publicó dos libros titulados *Rojas y Pálidas* y *A Sangre y Fuego*.

Rojas y Pálidas recoge una serie de novelas cortas, la mayoría de ambiente frívolo, matizadas de un sentimiento romántico que estuvo muy en boga entre nosotros hasta hace poco. Se nota en algunas la influencia

de las lecturas de novelas francesas como la "Grazzielle" de Lamartine y de la prosa y poesía de Rubén Darío.

Más tarde aparece *A Sangre y Fuego*, la novela de la Revolución anti-imperialista nicaragüense, en donde campea un sentimiento patriótico hacia el héroe de aquella gesta, el general Sandino. Las escenas principales de esta obra, por el hecho de haber sido vividas por el autor durante su estada en aquel país, son de un realismo sorprendente.

Luego regresa Cantón a Panamá, y, a pesar de sus dificultades económicas, logra ingresar en la Universidad Nacional en donde se gradúa de Licenciado en Filosofía. Desempeña luego la Secretaría del Instituto Nacional, y es nombrado también como profesor y más tarde se le envía a la Escuela Normal de Santiago para dictar clases de Castellano e Historia, destacándose por su consagración y habilidad, lo cual le ha llevado a los Estados Unidos de Norte América a dictar un curso de español en la Universidad de Washington, en Saint Luis desde el año pasado.

Ahora Cantón se nos presenta nuevamente en el

campo de las letras con su interesante narración titulada "El Ciego de Bulabá", que recoge la historia del General Obando, llamado el Hombre sin Patria. Sorprende la manera como nos retrata la vida del guerrillero centroamericano, con un dominio absoluto de los hechos.

Es posible que Cantón a través de esta obrita nos haya revelado parte de esa vida que pasó fuera del país y donde, hubo tal vez de alternar con guerrilleros y estudiarlos con su incesante espíritu de observación.

En nuestro concepto, la obra no tiene grandes alardes literarios, sino que es más que nada humana; muy humana. Obando nos estremece con sus excentricidades y con su filosofía tan personal de las cosas de la vida, mortificada constantemente por un pasado equivocado.

Estamos seguros que el lector, al leer "El Ciego de Bulabá" ha de saborear un pasado nuestro que se alterna con algunas escenas casi de actualidad; de allí que encontremos en ella un valioso aporte a la literatura nacional.

Alfredo Cantón nació en Emperador (Zona del Canal) el 6 de Septiembre de 1916.—J. A. C. E.





El Ciego del Bulabá

novela corta inédita

POR ALFREDO CANTON

El relato siguiente es auténtico. por lo tanto, quien lo lea está obligado a creerlo, so pena de pasar por persona falta de imaginación... y también de otras cosas. Sólo los grandes talentos han tenido una gran imaginación. Con esta explicación estoy seguro de que todos lo tendrán por cierto y valedero, y hasta jurarán haberlo presenciado.

Realicé yo este año la proeza de llegar en un heroico camión hasta Santa Fe, por un camino que rehusó

a describir por no avergonzar a nuestros gobernantes. Baste decir que recorrimos en ocho horas lo que hubiera podido hacerse en hora y media. ¡Heroicos santafereños que se sostienen en ese futuro baluarte de la prosperidad, a despecho y pesar de la desidia de tantos gobiernos!

Fui, como digo, a pasar unos días de verdadero descanso allá a Santa Fe, a ese ignoto y espléndido paraíso panameño, situado en el corazón de Veraguas, que nos llama a gritos con su clima fresco y seco, sus inmensos naranjales y cafetales, sus bellezas naturales y la castellana hospitalidad de sus simpáticos y amables habitantes. ¡Espléndido y desconocido sitio donde recuperar la salud y las fuerzas!

Alguien me había hablado del ciego que vive a orillas del río Bulabá, afluente del Santa María, de corriente fría y rápida, y linfas cristalinas y bulliciosas.

Entré en deseos de conocer al ciego, (simpático y filósofo ciego), y como primera providencia, rechacé a cuantos guías se me ofrecieron, pues siempre me ha gustado deleitarme a solas en mis descubrimientos.

No había llovido pero cuando descendí al río estaba éste crecido. No me atreví a vadearlo y me quedé a la orilla utilizando ávidamente el tiempo en la contemplación del rápido curso del río de nombre indígena, del sol, que florecía en las aguas y en el aire seco y frío, de los mil pajarillos de la montaña que hoy me saludaban a mí, como antaño al fiero Urraca, cuya capital estaba, según la leyenda; en las agrestes colinas del frente. Admirábanme los naranjales en sazón, que matizaban de estrellas la verdura de los cafetales espléndidos y prometedores. ¡Dulce, enervante y

sensual embriaguez la que nos brinda la Naturaleza!

Cual silenciosas cuentas de un rosario, tres serranas llegaron a la orilla. Regresaban del pueblo a sus hogares. Tanto la madre como sus dos hijas, frutas en sazón, rebosaban salud y alegría de vivir. Para que el paisaje produjera más impresión, una era rubia, y, la otra, morena acanelada, pero auténticas ambas. ¡Oh sublime Marqués de Santillana, al fin comprendí la sublimidad de tu poesía!

—“Buenos días —contesté— ¿Piensan cruzar el río?”—

—“Sí señor. ¿Y usted?—preguntó a su vez la rubia.

—“Pensaba...”—contesté con timidez.

Una sonrisa y no se ocuparon más de mí. Poca cosa debió parecerles un hombre que no se había atrevido con el río.

Ante mis espantados ojos, las tres se aligeraron de ropas, con toda naturalidad, sin afectación, sin darme a entender que lo hacían por mí, ni que mi presencia las afectase. ¡Oh manes del glorioso Arcipreste de Hita! ¡Oh Madre Naturaleza! ¡Siempre me ha cegado tu resplandor maravilloso!

No supe cómo fué. Sólo puedo dar fe de que crucé el río. Y sólo entonces, en la otra orilla, pude mirar detenidamente a la rubia: descalza como las pastoras clásicas, traje ceñido y sencillo, trenzas ígneas arrolladas a la hermosa frente, y en el óvalo de la cara de facciones finas, la boca y los ojos irradiaban candor e ingenuidad que hacían recordar a “La Lechera” del pintor francés Greuze.

Me informaron que precisamente, el ciego era pa-

riente de ellas. Hice de “diez” en el rosario y por un sendero escabrosó, con muchos altibajos como los que me precedían, bajo naranjos frutecidos y cafetos en flor, como en un poema bucólico, llegamos a la casa.

Igual que todos los de la región, aquellos ranchos estaban contruidos en el filo de una colina que en rápido ademán bajaba al río. Tres confortables ranchos, separados por dos patios donde se secaba café, albergaban a la familia: uno era la cocina, dormitorios y salas los otros. Después observé que cada casa tenía un “jorón” que así servía para dormir como para almacenar provisiones.

Un hombre rajaba leña. Varios perros de buen aspecto, señal inequívoca de prosperidad económica, salieron a ladrarnos hostilmente, mas al reconocernos, saltaron de alegría. Lancé una escudriñadora mirada alrededor: gallinas, pavos, puercos, un trapiche de mano, un cañaveral, un naranjal, troje henchido de maíz, y café secándose al sol, sobre cueros de res. ¡Se comprende así el entusiasmo de Sancho en las Bodas de Camacho!

—“Entre, señor. Está en su casa. Vamos a preparar el almuerzo”—me dijo la señora.

—“Mi papá está en el trabajo, volverá más tarde”—me dijeron las muchachas. Observé que eran gente despejada y de iniciativa, pues sin ser mandadas, cada una se puso a hacer algo.

Sentía frío y me instalé en la cocina, amplia, limpia, con un horno barrigón y calentito, un alegre fogón, y un “jarrón” en lo alto del caballete, preñado de maíz, arroz, café, millo y otros víveres. Prometedora cocina para un huésped hambriento.

El hombre que rajaba leña llegó a saludarme y ponerme también la casa a la orden. Me explicó que no siempre vivía allí sino que pasaba temporadas con otros parientes, pero siempre en la margen izquierda del Bulabá. Sentóse en un rústico asiento y mientras con una varita espantaba las gallinas y algún puerco goloso que nos creía con derecho a alternar con él, comenzó a hablarme de los temas más diversos.

—“Por su habla Ud. me parece de muy lejos... —me dijo.

Sólo entonces lo ví. Hasta ese momento mis ojos y mi pensamiento vagaban por el río o iban de la cocina al rancho vecino. El hombre que antes rajaba leña no tenía edad. Mi sorpresa no tuvo límites. La conocí, no sé cómo, pero la conocí.

—“Sí, soy ciego. El ciego del Bulabá”—exclamó con naturalidad, descubriendo así su personalidad singular, sencillamente, igual que las mujeres cuando vadeaban el río.

Me sentí conmovido. Pero, viendo que nadie parecía enterarse que el ciego lo fuese, dominé esa piedad innecesaria. Estoy seguro de que nos observábamos. Es más: afirmarí que el ciego me veía y me comprendía a mí, mejor que yo a él. Todos sus sentidos disponibles estaban fijos en mí.

—“Usted ha vivido fuera de Panamá mucho tiempo; en Centro América. No se extrañe —añadió— yo conozco por el habla de donde es cada persona que pasa por aquí”.—

Aquel era un hombre. A su lado experimenté mi propia pequeñez... No era carga para su familia. Hacía toda clase de trabajos, desde buscar y rajar leña

con un hacha, cargar agua de la quebrada vecina, cortar café y predecir infaliblemente el tiempo, hasta cuidar a sus sobrinas. Vivía su propia vida. plenamente, con un sentido muy amplio de su propio valer, de su situación y de su propia responsabilidad. No cabe asegurar que estuviera resignado a ser ciego; en realidad, para él, su ceguera no existía. Tenía una idea cabal de todas las cosas y una filosofía de la vida, sin vacilaciones. Los pobres ciegos éramos nosotros, porque sólo veíamos la Naturaleza con los ojos y no con el alma.

Conversamos largo rato. Creo que le inspiré confianza porque, dirigiéndose a su sobrina, le dijo:

—“¿Panchita, por qué no nos brindas algo para que tome el señor?”—

La joven, cuya edad no pasaba los dieciséis, secaba al sol el oro de sus cabellos, extendido sobre el nácar de sus torneados hombros. Nos trajo sendas totumitas, blancas y virginales como ella, rebosantes de guarapo legítimo de caña, fermentado con una técnica que lo convierte en una bebida estimulante, agradable e inolvidable. Brindé por ella, la Venus púdica de las montañas, por sus radiantes cabellos, por sus ojos claros, por su boca breve e inocente, por su frente pura y por sus manos santas, nobles y rudas manos de virgen campesina, que entonan cada día un himno al trabajo que edifica y dignifica a la Humanidad.

El ciego se retiró por un tiempo. Me invadía una dulce placidez que me arraigaba. El atavismo de remotos antepasados me impelía ahora a la vida salvaje, a la selva, a los bosques, a las grutas y a las márgenes del río. La sinfonía de la montaña, naturaleza

limpida, me embujaba: el Bulabá cantaba allá en la cañada; el viento norte silbaba en las alturas; un airecillo muy fresco se colaba, lleno de curiosidad, por entre las cañas que forraban la casa y pellizcaba hasta enrojecer las piernas y las mejillas de las mozas; unos pájaros interrumpían sus trinos para picotear las naranjas; el salto de Bermejo clamaba muy a lo lejos como la voz del Bautista y yo cerraba los ojos y me dejaba llevar en lontananza como una hoja precipitada al torrente por un pájaro que se posó sobre ella.

—“¿Señor, quiere café antes de almorzar?”—me preguntó la rubia. Antes de contestar la contemplé un instante. Ya no me pareció la beldad inocente e inútil, sino la diosa de la fecundidad, con amplias caderas y busto firme, y en la mirada, el fuego sagrado que perpetúa la especie. Acepté el café y hubiera aceptado cualquier otra cosa, desde el canto de un ave hasta un pedacito del cielo.

Aún tenía yo en la mano la totumita vacía del café, ese magnífico café que sólo en Santa Fe se toma, cuando regresó el ciego. Traía en la mano un cuaderno viejo, forrado en papel de periódico, y sin decir palabra, me lo entregó. Estaba emocionado. Intrigado por la emoción del ciego, hojeé el cuaderno y se me hizo la luz: aquel cuaderno contenía el manuscrito original de una leyenda que yo conocía de nombre, la “Leyenda del Hombre sin Patria”.

“¿Dónde consiguió usted este manuscrito?”—le pregunté.

—“Lo dejó aquí un señor, centroamericano creo, que venía de las minas del Cucuyo y se encaminaba a Santiago. De esto hace ya varios años. Creemos

que se ahogó en el Bulabá pues nunca supimos de él. Yo le aconsejé que se quedara aquí a pasar la noche porque pronto habría agua de montaña y el río crecería. No quiso creerme y se marchó dejando aquí ese cuaderno que pensaba recoger a su regreso.”—

—“¿Han leído ustedes esto?”— pregunté.

—“Mis sobrinas me lo leen a veces. Me encanta tanto oírlo leer. Me da tristeza, alegría, no sé qué. Mis sobrinitas me lo leen también, pero no leen bien. Usted las va a conocer cuando vuelvan de la escuela”.

—“¿Queda muy lejos la escuela?”—

—“No mucho; una hora de camino. Sólo tenemos una escuela para tres lugares: El Guayabo. El Pantano y aquí, Bermejo”.

¡Qué horror! Aquellos niños tenían que caminar dos horas diarias por malos caminos, bajo el sol o la lluvia, para poder ir a la escuela. ¿Por qué no abrir otra escuela? pensé.

Sonreí de mi propia ingenuidad. A cuántos “por qué” espera la Humanidad una respuesta satisfactoria desde que apareció sobre la tierra.

—“¿Le gustaría a usted que yo le leyera esta leyenda panameña, tan poco conocida entre nosotros? No soy tan buen lector, pero de seguro la leeré mejor que sus sobrinitas”.

—“No diga eso... Oyéndosela leer a usted me parecerá que yo mismo he conocido al Hombre sin Patria”.— Contesto el ciego.

—“Pero será con una condición —le interrumpí— que me permitan volver aquí a copiar este manuscrito para llevármelo y darlo a conocer al público y ex-

plicar en que forma lo encontré”.—

—“¿Y hablará usted de mí? Sabrá la gente, allá en Panamá, que aquí en Santa Fe, en Bermejo, a orillas del Bulabá vive un ciego?”— me preguntó con una sonrisa luminosa.

—“Sí... Hablaré de usted y sabrá la gente de todo Panamá que Santa Fe existe, aquí en el corazón de la Provincia de Veraguas, rico de promesas, como el filón de oro de una mina aún no descubierta ni explotada”.—

—“Está bien, está bien; llévese usted el manuscrito y vuelva aquí a su casa, siempre que quiera...”— exclamó con una voz muy conmovida el ciego. Y acomodándose en un asiento, frente a mí, guardó un silencio absoluto, no de quien oye leer, sino de quien vive lo que escucha.

Yo comencé la lectura, con extraña e impensada emoción. El manuscrito comenzaba de esta manera:

HISTORIA DEL HOMBRE SIN PATRIA

No recuerdo exactamente todos los detalles de aquel drama intenso vivido en el corazón de la selva Centroamericana.

¡Hace ya tanto tiempo! Años ha que terminó aquella gesta heroica en que un puñado de patriotas defendió durante años la causa de la Libertad.

De todos aquellos épicos episodios, el que más hondamente conmovió, y conste que no soy hombre que me conmuevo fácilmente, fué la valiente, extraña y atormentada vida de un antiguo oficial del ejército colombiano que llegó a nuestro campamento al atar-

decer de un día de sangrienta y porfiada refriega, que permaneció poco tiempo en nuestra compañía, y que partió al otro mundo dejando en nuestro ánimo abierta una interrogación.

Lo conocimos por el Teniente Obando y desde su llegada dió muestras de poseer dos virtudes preciosas en un militar: valentía sin temeridad y amor a la vida sin temor a la muerte, algo paradógico, es verdad. Su llegada causó no poca sensación, porque, aunque estábamos acostumbrados a ver engrosar nuestras filas con voluntarios de todas las nacionalidades, estos eran en su totalidad jóvenes, llenos de entusiasmo e idealismo, nobles quijotes, para quienes la pérdida de un buen caballo o de un revólver, era más sensible que la vida misma.

En cambio, el recién llegado frisaba en los cincuentitantos; su carácter, contradictorio siempre, fué algo que jamás llegamos a comprender. Se presentó él mismo al Cuartel General y, sin más trámite, mostró su despacho de Teniente del Ejército Colombiano y solicitó una plaza en nuestras filas. La Revolución andaba siempre escasa de oficiales y fué aceptado al punto. Además, a nuestro General le agradaba recibir militares de países hermanos y el que se presentaba daba muestras de convertirse en una valiosa adquisición.

Pronto tuvimos ocasión de comprobar qué clase de hombre era el nuevo oficial: a ratos expansivo, conversador; a ratos silencioso, meditabundo, pero siempre dispuesto a embriagarse levemente, así con el peligro de la muerte, como con aguardiente. Jamás se

emborrachaba ni perdía el dominio de sí mismo. Durante el primer encuentro con el enemigo, el Teniente fué el último en tenderse al suelo y el último también en levantarse.

En las acciones de arma en que tomaba parte, era la actitud resuelta del Teniente Obando quien inclinaba a nuestro lado la fortuna o evitaba mayores pérdidas en la derrota. Nadie como él para cubrir una retirada: este animar y consolar a los compañeros heridos o rezagados durante las retiradas, le granjeó el afecto de todas las huestes revolucionarias. Si de la ejecución exacta de una orden dependía el triunfo y el Teniente Obando se encargaba de ejecutarla, el éxito estaba asegurado. No tenía par en lo de comprender un plan de ataque y ejecutarlo e interpretarlo según las circunstancias. Mas, nunca iba más allá del estricto cumplimiento del deber. Con él eran imposibles los heroísmos que provocan comentarios en los campamentos, llenan las páginas de los libros y revistas, las columnas de los diarios y la fantasía popular. Si no era para salvar a un compañero de una muerte segura, no exponía su propia vida nunca. Cumplido su deber no daba un paso más. Sin embargo, no se oponía a que otros realizaran tales heroísmos. Despreciaba, simplemente, la gloria.

Había aún más en este militar que no aspiraba a la gloria, ni siquiera a la fama: cedía voluntariamente a otros la oportunidad de distinguirse y obtener ascensos y medallas. Era evidente que evitaba cuanto podía exponer su vida. ¿Miedo o Prudencia? Difícil saberlo en un hombre tan valiente como aquél.

Todas estas cavilaciones y excentricidades se ol-

vidaban cuando el Teniente Obando estaba franco y se convertía en un camarada, mezclándose en las diversiones de los soldados; porque eso sí, evitaba el trato de sus superiores y aún de sus iguales en jerarquía. Cuando el Teniente Obando nos acompañaba, gozábamos un rato inolvidable de expansión espiritual, pues derrochaba su caudal inagotable de conversador admirable y aparecía como un hombre más que medianamente ilustrado, que sabía, además, seleccionar los temas de conversación aun en el vivac.

Una vez acampábamos en unas alturas que dominaban un poblado en donde el enemigo se había atrincherado. Al amanecer asaltaríamos el pueblo. El frío era intenso y estábamos calados hasta el corazón pues aquella noche había caído un aguacero torrencial. La luna somnolienta esparcía a desgano su triste luz que perfilaba muy vagamente las colinas lejanas y los aullidos de los perros junto con los “alerta” de los centinelas enemigos llegaban claramente hasta nosotros como presagio funesto. De pronto el Teniente Obando se incorpora y exclama:

—“¡Padre mío, Jesús de Atalaya! ¡Qué frío! ¡Aquí falta aguardiente!”—

—“En todo el campamento no se consigue gota...”—

—“Lo sé: el Coronel no quiere que bebamos. ¡Tonterías! Allá en mi viejo ejército tomábamos siempre que lo teníamos a mano.. Escuchen, quiero proponerles algo”.—

—“Yo sé donde hay aguardiente. Hay alguien aquí que necesita tomarse un buen trago. Echemos suertes, y al que le toque, yo le diré a donde debe ir.

Esto va contra el reglamento, mas como ustedes saben, el éxito todo lo justifica, y además, lo vedado es una salsa magnífica".—

Las circunstancias nos hicieron caer en la tentación: aquella noche rociada a trechos de luna se pasaría mejor con un trago. Echamos suertes y ésta cayó en un jovencito, compatriota mío, que llevaba pocos meses en nuestras filas. El joven se incorporó dispuesto a cumplir su compromiso. El Teniente lo contempló unos instantes y poniéndole ambos manos sobre los hombros, le dijo:

—“No, jovencito, estás muy joven, y nosotros hacemos mal en corromper en tí el sentimiento del deber militar. Está prohibido salir del campamento. Yo iré por tí...”.—

—“Pero a mí me corresponde en suerte...”.—

—“Ya lo sé. Pero déjame experimentar esta noche la sensación voluptuosa que experimentaba en mi juventud, cuando le hacía estas jugadas al General Domingo Díaz. Yo iré en tu lugar”.—

Y sin esperar respuesta salió del campamento, deslizándose por entre dos centinelas. Nosotros estábamos asombrados: no creíamos que un hombre que nunca iba más allá del estricto cumplimiento del deber, expusiera su vida por brindarnos un trago. La realidad nos demostró lo contrario: a poco vimos un bulto que a lo lejos se movía cautelosamente en dirección del pueblo.

Confieso que en mi interior experimenté cierto desprecio por el hombre que economizaba su vida en un combate, con ascensos y honores en perspectiva, y que la prodigaba como agua derramada, estúpidamen-

en la masa, presentó una botella con el precioso líquido.

—“¿Salió Ud. del campamento?”— preguntó el Coronel.

El Teniente Obando saludó militarmente. El Coronel pasó la botella al practicante y pronunció estas lacónicas palabras:

—“Mañana será usted citado en la orden del día, y luego arrestado y privado del derecho de tomar parte en el combate”.—

Todo esto implicaba la degradación en nuestras filas. El Coronel se retiró y nosotros nos llevamos a nuestro compañero ya reanimado. La botella fué vaciada en un momento; era un aguardiente de primera, que costaba al Teniente Obando una herida en un brazo y su grado de Teniente. Le expresamos nuestro pesar.

—“No es nada —exclamó— no es la primera herida. He recibido otras muchas: las que recibí en el puente de Calidonia, esas sí que eran heridas. Una de ellas era mayor que la misma pierna donde me la dieron. En aquel tiempo se usaban balas de plomo que hacían al salir un estrago horrible. En cambio, las de hoy son de acero y no le dejan a uno ni una cicatriz digna de ese nombre. Otro gallo nos cantaría a estas horas si nos hubiesen decomisado el aguardiente. En nuestro Coronel hay algo de lo que había en Pancho Villa a cuyas órdenes luché en México. Todo un hombre. En cuanto a mi grado de Teniente en mi país, eso nadie puede quitármelo. Ustedes son muy muchachos. Yo soy ya un veterano de muchas revoluciones en distintos países, pero siempre en el bando

te, por ofrecernos un trago. Verdad es que el Teniente Obando, al sustituir a mi joven compatriota, le había salvado la vida, pues éste carecía de experiencia en estas empresas.

Quedamos en muda espectación. Un rato después oímos un tiro que nos hizo estremecer.

—“Podemos darle por muerto . . .”— exclamó conmovido mi compatriota, consciente del peligro a que había escapado.

Algo inesperado ocurrió: mi joven compatriota se sintió mal y cayó desvanecido. Recordamos las palabras del Teniente cuando aseguró que alguien allí necesitaba aguardiente. Llevamos el enfermo al “practicante”, un guatemalteco, estudiante de Medicina en una Universidad de su país e incorporado en nuestras filas hacía algún tiempo. El “practicante” examinó al paciente a la luz de una linterna eléctrica; estaba frío, con una extraña palidez mortal y sin dar señales de vida.

—“No hay nada que hacerle . . . El botiquín está exhausto; quizás con aguardiente se salvaría. Pero no hay gota en todo el campamento”.— Murmuró en voz baja el practicante.

Enterado de la noticia, el Coronel llegó apresurado al lugar de la escena y comentó:

—“Es la verdad. Carecemos de medicinas, pero el enemigo las tiene en abundancia allá en el pueblo. El último aguardiente lo distribuí entre los centinelas... Atacaremos antes de la hora prefijada”.—

Un nuevo e inesperado personaje entró en escena: el Teniente Obando. Lo miramos sorprendidos. Sin inmutarse por haber sido sorprendido con las manos

de la Libertad. He sido ascendido y degradado muchas veces. Moriré como lo que realmente quiero ser, como un Teniente".—

Era su eterna preocupación, no dar importancia a sus acciones y restarles todo mérito. En lo de no tomar parte en el combate, que cualquiera de nosotros hubiera deplorado, le tenía sin cuidado. Estaba por encima de ese impulso un tanto primitivo que sienten los jóvenes por enfrentarse al peligro.

—“No será éste el último combate”.— comentó.

La vida, nacionalidad y aspiraciones del Teniente Obando eran un misterio para nosotros. Aún después de degradado a soldado raso, seguíamos llamándolo Teniente Obando. Era él, el Teniente por antonomasia. Su grado militar otorgado por un ejército bien organizado se nos antojaba algo sublime, sobrenatural, como el sacramento del bautismo, al que no se puede renunciar aunque se quiera. El Teniente Obando parecía colombiano, más había militado en tan distintos países que sus modales eran una mezcolanza de nacionalidades latinoamericanas. Dudábamos que fuera colombiano porque cuando hablaba de Colombia, no se refería nunca a la floreciente, liberal y pacífica Colombia del presente siglo, a la que surgió como nueva después que Teodoro Roosevelt la hizo pasar por el crisol de la amputación del Istmo de Panamá en 1903, sino a aquélla del siglo pasado, heroica, turbulenta, ensangrentada y empobrecida por tantas guerras civiles. Jamás le oímos decir “mi Patria”. Con frecuencia repetía nombres familiares a mis oídos, como Tomás Herrera, Justo Arosemena y Belisario Porras.

De la vida del Teniente Obando sólo conocíamos

retazos: había militado en las filas del Liberalismo panameño durante la guerra de los mil días. Había tomado parte en los combates de “Vuelta Larga”, cerca de Santa Fe; en el sitio de Aguadulce; en el combate de la Negra Vieja; y en el Puente de Calidonia, el desastre militar más absurdo que decía haber presenciado y en el cual se perdió en un día el fruto de tantas victorias en el resto del Istmo. También solía referirnos episodios de sus campañas en México, Honduras y Costa Rica. Puede asegurarse que adonde quiera que se levantara la bandera de una rebelión armada, en defensa de los derechos del pueblo, que no otra cosa es la Libertad, el Teniente Obando contestaba “presente” en cuerpo y alma.

En cuanto a aspiraciones personales, parecía no tener ninguna especial, y si la tenía, no la daba a conocer. No creía en la gloria militar, más bien se burlaba de ella y de los “gloriosos” como él llamaba a los que se morían por una medalla. El nunca aceptó ninguna medalla aunque se la ofrecieran varias veces. Estaba tan acostumbrado a su grado y obligaciones de Teniente que no aspiraba al ascenso, ni se sentía bien con un nuevo grado. Hubiera llegado a Coronel y quizás a General si no se hubiese conducido siempre de manera que le bajasen a soldado raso. Este hombre raro hubiera encajado muy bien en la famosa Legión Extranjera de Francia. Su especialidad consistía en hacer maromas y malabarismos en el escalafón militar, procurando, eso sí, salvar el pellejo.

En una ocasión, por no citar más, el Teniente Obando ejecutó por propia iniciativa un golpe de mano brillante que costó numerosas bajas al enemigo y

nos proporcionó cuantioso botín de guerra. El ascenso era seguro, pero el héroe de la jornada echó a perder adrede su trabajo, al invitar a varios compañeros, a unas libaciones esa noche, dizque para festejar el triunfo. Recuerdo que alguien le aconsejó:

—“Teniente, es preferible dejar eso para mañana: pudiera suceder que el aguardiente se nos fuera a la cabeza y sentiríamos mucho haber contribuido a impedir su ascenso”.—

—“Gracias por tu consejo, muchacho, pero no temas. Nosotros somos hombres a quienes no dominan unos cuantos tragos. Además, este whisky no puede perderse, cuesta sangre: lo obtuve en el campamento enemigo, por eso ejecuté el golpe y hasta me costó un rasguño en el brazo”.— Hablaba muy en serio y nos desconcertó.

Y no hubo escapatoria, tuvimos que acompañarle. El Teniente Obando estuvo de lo más complaciente y locuaz. Hasta consiguió que se nos olvidara su despiadada declaración de que sólo por conseguir whisky había dado el golpe de mano por el cual iban a ascenderlo.

—“Ustedes no se imaginan —dijo— lo difícil que es conservar un grado como el mío. En la milicia como en todo es imposible estacionarse. Quien se estaciona en cualquier rango es ya un cadáver viviente: sube o baja, o viene la muerte y lo empuja y lo confirma para siempre. Lo menos seis veces he descendido yo hasta soldado raso para poder conservar mi grado de Teniente. Ustedes ignoran todo el contenido emocional de estas migraciones”.—

Nadie entendió por el momento el profundo signi-

ficado de estas palabras; pensamos que ya nuestro anfitrión estaba medio en fuego, y nos confirmó en esta sospecha cuando le oímos que dirigió esta pregunta a un jovencito panameño, recién enrolado y a quien todos llamábamos cariñosamente, el Cabo Díaz:

—“¿Es usted panameño, verdad? Behamos, pues, a la salud de su patria”.— Todos lo acompañamos en el brindis.

A este primer brindis siguieron otros, y muy pronto el Cabo Díaz dió muestras de embriaguez: iba de uno lado del rancho, hablaba de su patria, de su madre, del Cerro Ancón, y respetia versos nostálgicos que hacían que cada uno recordara a su propia patria. Levantando la copa en alto, exclamaba:

*“Ya no guardas las huellas de mis pasos
ya no eres mío idolatrado Ancón...”*.—

—“Por favor, no siga con eso, es muy triste” —le interrumpía el Teniente Obando.—Para nosotros ya no hay más patria que la Libertad”.—

—“Yo sé que son muy tristes... A ver si le gustan estos otros, mi Teniente. —dijo el Cabo Díaz— y exclamó:

*“Oh Patria tan pequeña, tendida sobre un Istmo
donde es más elaro el cielo y es más vibrante el sol,
en mí resuena toda tu música, lo mismo
que el mar en la pequeña celda del caracol!*

*Revuelvo la mirada y a veces siento espanto
cuando no veo el camino que a tí me ha de tornar...
¡Quizá nunca supiera que te quería tanto
si el Hado no dispone que atravesara el mar!...*

*La Patria es el recuerdo... Pedazos de la vida
envueltos en jirones de amor o de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor.*

El Teniente Obando bajó el ala de su ancho sombrero para disimular su emoción... El Cabo Díaz lo contempló con infantil mirada y le dijo:

—“¿Quiere que suspenda mis versos, mi Teniente? ¿Le incomodan?”—

—“No, muchacho, continúa. Son conmovedores aún para mí. No me hagas caso. Yo soy así. Cuestión de unos tragos ”.—

Díaz continuó:

*La Patria son los viejos senderos retorcidos
que el pie, desde le infancia, sin tregua recorrió,
en donde son los árboles antiguos conocidos
que al alma le conversan de un tiempo que pasó.*

*En vez de estas soberbias torres con áurea flecha,
en donde un sol cansado se viene a desmayar,
dejadme el viejo tronco donde escribí una fecha,
de donde he robado un beso, donde aprendí a soñar.*

*¡Oh, mis vetustas torres, queridas y lejanas:
yo siento la nostalgia de vuestro repicar!
He visto muchas torres, oí muchas campanas,
pero ninguna supo, ¡torres mías lejanas!
cantar como vosotras, cantar y sollozar.*

*La Patria es el recuerdo... Pedazos de la vida
envueltos en jirones de amor o de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor.*

*¡Oh Patria tan pequeña que cabes toda entera
debajo de la sombra de nuestro pabellón:
quizás fuiste tan chica para que yo pudiera
llevarte por doquiera dentro del corazón!”—*

Un silencio profundo y elocuente acogió estos versos; tan profundo y elocuente que cada cual oía el latido de su propio corazón lanzado al abismo de la nostalgia. Hombres curtidos aquéllos, y se conmovían ante la divina evocación de la patria lejana.

—“Repíte eso, muchacho; repíte eso de que la Patria es como pedazos de nuestra vida envueltos en jirones de amor o de dolor! Repítelo despacio para que roan el corazón”.—

Díaz repitió la estrofa:

*“La Patria es el recuerdo... Pedazos de la vida
envueltos en jirones de amor o de dolor;
la palma rumorosa, la música sabida,
el huerto ya sin flores, sin hojas, sin verdor”.*

—“Sublime poeta el que escribió eso. Repíteme la última estrofa, permíteme gozar de nuevo la emoción infinita del hombre que está orgulloso de su Patria pequeñita, tan pequeñita como para llevarla entera, todita entera en el corazón”.—

*“Oh Patria tan pequeña que cabes toda entera
debajo de la sombra de nuestro pabellón:
quizás fuiste tan chica para que yo pudiera
llevarte por doquiera dentro del corazón”.—*

—“Mil gracias, muchacho, mil gracias. Comprenderías todo el doloroso placer que me has causado con esa divina evocación. Y a propósito, ¿quién es el autor de esos versos?”—

—“El poeta panameño Ricardo Miró. Los escribió estando de Cónsul de Panamá en Barcelona, en 1909. Son muy bellos, ¿no es cierto?”—exclamó el Cabo Díaz.

El Teniente Obando nada contestó. Silencioso, de nuevo impenetrable, se tomó otra copa. Después de unos instantes preguntó:

—“¿Quiénes son los poetas panameños más intensos?”—

—“Ricardo Miró, Darío Herrera, Gaspar Octavio Hernández, Geenzier, Amelia Denis...”—contestó el Cabo Díaz con orgullo que rara vez bullía tanto.

El Teniente Obando se refugió en un rincón oscuro, con una botella de whisky al lado. Todo marchaba a pedir de boca y ya íbamos perdiendo el temor a un desenlace fatal, cuando, inesperadamente, a uno de los compañeros le dió el aguardiente por gritar desaforadamente. Al oír estos gritos de entusiasmo barato y alcohólico, el Cabo Díaz le hizo coro y se armó el escándalo. Desconocíamos esta faceta del Cabo Díaz: le daba por insultar y retar a los mismos a quienes abrazaba minutos antes.

—“¡Quiero ver delante a un colombiano!”—gritó.

Me estremecí porque no dudé que el Teniente Obando aceptaría el desafío. Sin embargo, se conformó con echarle un brazo al hombro y decirle con amistosa y conciliadora sonrisa:

—“¡Cálmate, muchacho, cálmate!”—

Pero en vez de calmarse, el joven se excitó más, y olvidando la amistad que le unía con el Teniente, le gritó insolente:

—“Tú eres colombiano, Obando. ¿Por qué no me

pruebas que eres hombre? He hablado con todos los colombianos".—

El Teniente Obando se limitó a sonreír: sirvióse otra copa del rubio y ardiente licor y brindó por la salud, unión y felicidad de todos.

Esto exasperó más al cabo Cabo Díaz y colmada su locura, empujó al Teniente violentamente y de una manotada le arrebató y tiró al suelo el recipiente en que se había servido. Intervinimos, pero ya era tarde, porque al oír el escándalo se presentó el Sargento de guardia con su escolta. La situación era grave y delicada: el arresto del Cabo Díaz tendría para él consecuencias funestas. El Teniente Obando lo remedió a su costa: salió al encuentro de la guardia, con la camisa abierta y la botella de whisky en una mano, dando muestras visibles de embriaguez, mientras el pobre joven, intimidado e irresoluto, y sin comprender lo que pasaba, se calló. El Teniente Obando fué arrestado.

Nos miramos avergonzados. ¿Por qué no nos opusimos a semejante injusticia? ¿Por qué no revelamos la verdad?

Aún en este momento no comprendo por que hicimos lo que no debimos haber hecho. Verdaderamente, que hay momentos de perplejidad durante los cuales reaccionamos en una forma contraria a toda nuestra vida. A veces pienso que los destinos del hombre son favorecidos o estorbados por poderes invisibles, pues no de otro modo puedo explicarme que hombres tan valientes y justicieros como allí había, dejáramos arrestar al Teniente Obando.

Las consecuencias fueron fatales para nuestro ab-

negado compañero, pero la aceptó con la conformidad y buen humor de siempre. Después de todo, ¿qué importaba un accidente más en una vida de suyo tan accidentada? Sublime filosofía la de aquel hombre enigmático.

El mismo día en que el Teniente Obando se encontró una vez más en el sótano de la jerarquía militar, el Cabo Díaz, pasados los efectos de la borrachera y avergonzado de lo sucedido, presentóse ante el Coronel y refirióle los sucesos tal como ocurrieron. El Coronel, con toda la severidad del caso, le ordenó retirarse. Esto lastimó aún más al joven y pidió que a él también lo degradaran y arrestaran.

—“Cabo Díaz —replicó el Coronel— el momento de hacerse arrestar ya pasó para usted, fué anoche. En cuanto a lo otro, sepa que un grado militar no es una condecoración o escarapela que puede devolverse a voluntad”.—

El encuentro del Cabo Díaz y el Teniente Obando es un recuerdo que perdurará en mi memoria como luz de esperanza en el mejoramiento del hombre. Carácter extraordinario, engrandecido y no envilecido por una constante vida aventurera, dueño absoluto de todas las situaciones, el Teniente Obando, hoy soldado raso, fué a reunirse con nosotros. Y cuando esperábamos que sus primeras palabras serían comentar acremente y con dolor los últimos hechos, le oímos pronunciar esta frase sublime en aquella circunstancia:

—“Muchachos, supongo que no se olvidaron de guardarme un trago para “cortar”...”.—

Le ofrecimos nuestras cantimploras y nuestras mejores provisiones: el mejor queso, los mejores pláta-

nos y el café más aromático que producía la región en cuyas montañas luchábamos. El Teniente Obando se puso tranquilo a asar los plátanos y la carne y a hervir el agua para colar café.

Se disponía a comer cuando se presentó el Cabo Díaz. Fué un momento de ansiedad general. El joven se detuvo a la puerta, quiso hablar y no pudo. El Teniente le dijo, sin la menor alteración en la voz:

—“¡Pasa adelante, muchacho! Llegas a tiempo. Tomarás conmigo aunque sea una taza de café”.—

Dicho esto le sirvió el café en una totumita o “guacalito”, como lo llaman por allá, y lo invitó a sentarse. Pero el joven insistió en su afán de decir algo:

—“Yo, mi Teniente...”—murmuró con voz difícil.

—“Ya sé, muchacho; me dirás que ya cenaste, pero no importa: una tacita de café siempre cae bien”. —y volvió a ofrecerle la “tacita” que no era otra cosa, como ya dije, que una totumita.

El joven no pudo más, y, extendiendo los brazos hacia el Teniente, y con los ojos lacrimosos, exclamó:

—“¿Verdad que usted me perdona, mi Teniente”.

El viejo y curtido militar lo abrazó enternecido, como si hubiera recobrado y estrechado a un hijo descarriado.

—“Cálmate, muchacho, nada tengo que perdonarte. Tú no me has ofendido en nada. Tú eres muy noble para querer ofender a nadie. La culpa fué mía... soy yo quien debe pedirte perdón. Pero, qué quieres, uno se toma sus tragos para estar alegre, para romper la fastidiosa monotonía del vivac cuando no hay combates”.

—“Yo le juro a usted, mi Teniente...” —exclamó el joven en un raptó vehemente de contrición y penitencia.

—“No digas tonterías —le interrumpió el Teniente.— Es una mala costumbre esa de jurar. Creo que fué nuestro Señor quien nos dejó ordenado que no juráramos, y es un buen consejo, lo sé por experiencia. Uno no debe nunca jurar que no se volverá a echar un trago. ¿No es eso lo que deseas jurar? Es una imprudencia, muchacho, no lo hagas. Un militar que no se echa sus tragos de cuando en cuando, no tiene un amor que recordar, debe hacerse matar en el primer combate, pues un muerto no debe seguir viviendo”.—

—“Es que el aguardiente me domina. ¡No tomaré nunca más!”—

—“No le temas; trata de aprender a tomar. El aguardiente no domina sino a quien es incapaz de resistirle. Imagínate cómo sería de aburrido este mundo si todos fuésemos abstemios...” —interrumpió el Teniente Obando.

Sucedió lo de siempre: el hombre extraordinario que había en el veterano no permitió que la escena degenerara en un lugar común sentimental. A partir de ese día fueron los mejores camaradas y amigos. Siempre juntos, hombro con hombro en todos los peligros. Se dijera que cada uno había encontrado el complemento que le faltaba. Un padre encontraba un hijo, y un hijo encontraba a su padre.

Fué el joven el primero en abrir su corazón a su amigo y en revelar su vida de inconforme. El Teniente le escuchaba al principio con fingido interés:

más adelante prestó a la narración toda la atención de que era capaz. El Cabo Díaz le confesó que había sido siempre un muchacho atolondrado e inquieto; que terminado su bachillerato en el Instituto Nacional de Panamá no se resignó a vivir la vida sedentaria y para él escasa de interés del habitante de las urbes, aprisionado entre cuatro paredes y calles angostas y tortuosas como las de Panamá. Su espíritu aventurero exigiale imperativamente más amplios y brumosos horizontes.

Y un día, brumoso también como toda gran resolución, su adolescencia romántica e inconforme le arrojó a la aventura. El azar lo llevó a nuestras filas, atraído por el espejismo de luchar por la Libertad, por los débiles contra los poderosos, por los oprimidos contra los opresores, por los que nada pueden en contra de quienes todo lo pueden... Sublime adolescencia, sublime, terrible y difícil adolescencia... Lástima que no te conviertas en una edad permanente de la Humanidad.

Grande fué la desilusión del joven ex-alumno del Instituto Nacional al incorporarse en nuestras filas. Iba entusiasmado, como todos los jóvenes, con el espejismo heroico de la guerra, con el olor embriagador de la pólvora y los sonos y ritmos de las marchas guerreras, con las marsellesas de todas las latitudes...

Creía encontrar uniformes brillantes, cascos de acero, campamentos confortables, bandas militares y en fin, todos esos ingredientes que sazonan el menú con que se engaña y militariza a las juventudes.

La realidad le mostró algo muy distinto: los soldados revolucionarios vestían una burda y tosca cami-

sa de manta sucia y pantalón azul; iban descalzos o calzaban “cajtes” o “cutarras”, y el interesante y legendario casco de acero era reemplazado por un sombrero de palma de alas anchas. El equipaje de cada soldado se reducía a una frazada cruzada al pecho, roja por lo regular, una toalla arrollada en la copa alta del sombrero y algún espejito redondo. La comida, aunque sustanciosa, era sencilla: plátanos, queso, frijoles, tortillas de maíz y café. Si a esto se añade que los hospitales militares brillaban por su ausencia, que no había médicos, que el equipo de medicina y cirugía no existía, que cada columna debía buscar por su cuenta sus provisiones y que el soldado que, no conociendo bien el terreno, se separaba de sus compañeros, corría el riesgo de extraviarse, desaparecer tragado por la selva, no es de extrañar que todos estos jóvenes medio románticos y soñadores se desencantaran y hasta se sintieran burlados en sus bellas ilusiones. Querían regresar inmediatamente, no porque el miedo se apoderara de ellos, sino porque algo más terrible les embargaba: su propia impotencia. La muerte en sí misma no es gran cosa; pero morir lejos de los suyos, medio abandonado y con el recuerdo puntiagudo de una vida cómoda, abandonada en un momento de locura sublime, es una realidad muy dura de afrontar para un adolescente. Era necesario el contacto diario con la tropa y la influencia decisiva del ambiente para crear en estos recién llegados el estado de ánimo indispensable para resistir el deseo torturante de regreso que se les metía muy hondo.

Todas estas sacudidas espirituales y materiales experimentó el Cabo Díaz a su llegada al campamento:

desilusionado y abatido, convencido de la inutilidad de la lucha contra enemigos mejor armados, estuvo a dos dedos de la desertión. Pero se quedó y luchó con tan buena suerte que ganó en buena lid y sin recibir ni un rasguño, el grado de Cabo.

El ambiente lo convirtió en uno de tantos guerrilleros, con todas sus características, entre las cuales merece citarse el hecho de que vivía incomunicado del mundo por propia voluntad: jamás contestaba las cartas que recibía. A veces no se tomaba ni siquiera la molestia de leerlas. Las numeraba por la fecha en que le llegaban y las guardaba luego. Afirmaba que no valía la pena que sus padres supieran el sitio en donde debían sepultarle. Era pesimista en esto: no esperaba salir con vida. Para él, quien entraba una vez a la selva no salía nunca más. Tal la impresión terrible que en su espíritu de habitante de las urbes produjo la selva virgen.

Este joven era de los pocos, quizás el único, que nunca hablaba de mujeres: se dijera que en su corta vida no se había cruzado aún una silueta femenina. Jamás se le vió contemplando el retrato de una mujer. Es posible que fuera este detalle lo que más contribuyera a identificarle con el Teniente Obando, el hombre fuerte a quien tampoco se le vió en las manos un retrato de mujer.

Sin embargo, algo nos decía que el Cabo Díaz no había franqueado toda su morada espiritual a su nuevo amigo, y esta reserva era muy natural desde luego que el Teniente Obando tampoco se mostraba más comunicativo. Amistad escueta la suya, de hombre a hombre, de presente a presente, sin rebuscar en su mu-

tuo pasado y sin comprometer el porvenir.

El Teniente Obando continuaba tan impenetrable como siempre. Pero una vez, a la manera de esos relámpagos formidables que rasgan las tinieblas sólo para hacerlas aún más densas al viajero y encender aún más su nostalgia de luz, el Teniente Obando exclamó de repente:

—“¡Compañeros! ¿Conocen ustedes la leyenda del Hombre sin Patria? Pues bien, yo soy el Hombre sin Patria”.

Y no añadió una palabra más.

Quedamos perplejos: una de las aristas, de los vértices cortantes del raro carácter del Teniente Obando lo que nos hería. ¡El Hombre sin Patria! ¿Cómo comprender tan extraña paradoja? El, que luchaba por la Libertad y la Patria de otros pueblos, carecía de una Patria propia. Para nosotros, el Hombre sin Patria carecería además de familia, de amigos y de religión, elementos estos que constituyen su fundamento, y recordábamos ahora que el Teniente Obando nunca se preocupaba por esas cosas.

Para mí no era una nueva la leyenda del Hombre sin Patria. Había oído hablar de ella en Panamá a algunas personas dignas de crédito; siempre me torturó su recuerdo durante mis largas noches de voluntario destierro. Ahora, así de momento, me conmovía pensar que el desventurado héroe de la leyenda, el apátrida, fuese aquel militar tan interesante, aquel camarada tan noble y abnegado.

El agua estancada comenzaba desbordarse, gota a gota, recuerdo a recuerdo, como una sinfonía triste, de los páramos. Nosotros seguíamos paso a paso este

proceso lento, del revelarse tardío de nuestro ídolo. El pensamiento de la muerte, de la patria y de la libertad le obsesionaban. Con frecuencia repetía los versos de Martí, el maestro de maestros, con voz apasionada y nostálgica:

*“Yo quiero cuando me muera
sin Patria, pero sin amo,
tener en la mano un ramo
de flores y una bandera”.*

Una noche inolvidable, noche tenebrosa en que el cielo acribillaba a la tierra con sus tinieblas y sus vorágines, el Teniente Obando nos sorprendió con estas palabras:

—“El día que yo muera...”

—“No hablemos de eso, mi Teniente...” —le interrumpimos. El militar evita siempre esa conversación.

—“Déjenme hablar, muchachos —añadió.— ¿Piensan que he de librarne siempre? ¿Piensan que por estar viejo la Muerte no puede enamorarse de mí? El corte de la Muerte es siempre parejo, se lleva viejos y jóvenes, ricos y pobres, felices e infelices”.

—“Pero respetará al Teniente Obando” —Interrumpimos, con el propósito de poner una nota de optimismo y desviar la conversación hacia otros temas. Pero volvió sobre sus pasos:

—“El día que yo muera —exclamó— me gustaría que quemaran mi cuerpo y que guardaran mis cenizas en un frasco”.

Había entre nosotros, muchos para quienes el cuerpo humano seguía siendo, según las palabras del Apóstol, templo vivo del Espíritu Santo, y para quie-

nes incinerar un cadáver era, o una usanza nueva e inverosímil, o una profanación. Hasta se recordó allí el caso de uno de tantos sátrapas centroamericanos que como un castigo “post umbra”, mandó quemar, después de fusilados, los cadáveres de dos presuntos conspiradores, y arrojar luego sus cenizas al agua y al viento. Así fué que alguien preguntó:

—“¿Y ese capricho, mi Teniente?”

—“No se escandalicen, muchachos, no es ningún capricho. Quiero que alguien lleve mis cenizas a reposar en el lugar que yo indicaré—calló un momento, con un silencio que hería dolorosamente nuestra imaginación.— Si la persona elegida, añadió, no se niega a cumplir mi última voluntad”.

Yo fuí uno de los muchos que se brindaron a cumplir con el fúnebre y postrer mandato. El Teniente Obando nos expresó su agradecimiento y luego se marchó silencioso y meditabundo, como ave migratoria que se despide de su bandada.

* * *

Fuí enviado por el Coronel a desempeñar una misión particular y estuve ausente de nuestra Columna varias semanas, sin recibir noticias de mis comuañeros de armas. Cuando regresé me estremeció la noticia: el Teniente Obando había muerto en acción.

Corrí a entrevistarme con el Cabo Díaz y lo encontré ascendido a Teniente y empacando su equipaje, pues estaba de viaje.

—“Me marchó”—me dijo.

—“Supongo que no se trata de un viaje largo...”

—le dije no sin pesadumbre, pues siempre la ausencia de un compañero significaba un claro en nuestras

exhaustas filas y una ventana más, abierta a la deserción.

—Regreso a Panamá. Si algo se te ofrece...”

Moví negativamente la cabeza. Nada se me ofrecía para el pequeño país del oro, del cual el dollar ha hecho su segunda patria.

—“No deserto —añadió el apuesto Teniente—mi intención era volver, pero el General exige lo contrario. Regresaré, pues, a mi hogar...”

No comprendí. Mi asombro era cada vez mayor. El Teniente Díaz no era un hombre cuyos servicios pudiera nadie rechazar, y sin embargo...

—“No te quiebres la cabeza, yo te lo explicaré todo. Verás qué fácil es de comprender todo esto. ¿Recuerdas que una noche le prometimos al Teniente Obando cumplir su postrera voluntad?”

—“Sí, lo recuerdo. Pero supongo que aquéllo no pasaba de ser una broma de nuestro amigo...”—repliqué escéptico.

—“No, no fué una broma. No podría asegurar si él buscó voluntariamente la muerte o si la muerte le buscó a él, enamorada de su inagotable vitalidad—dijo el Teniente Díaz.— Hay en el campamento quienes piensan de otra manera. En verdad, la muerte de un soldado no constituye un acontecimiento extraordinario, pero la del Teniente Obando sí. Hubo apuestas secretas entre los soldados, a vida o muerte, como las apuestas a cara o sello. Ganaron quienes apostaron a muerte. Después de todo, creemos que el hombre viene a muchas cosas a este mundo, más sólo una hemos podido comprobar sin lugar a dudas, y es, que viene para morir”.

El Teniente Díaz me llenó una totumita de aguar-

diente y me la alargó diciendo:

—“Es whisky, Pruébalo y verás que sabe a gloria, como decía nuestro amigo. Te aseguro que pasará mucho tiempo antes de que en este campamento vuelva a verse este rubio licor, porque el proveedor se ha marchado. ¿Has leído la historia de Jesús y su Eucaristía? Pues este whisky me lo dió nuestro amigo como último recuerdo para mí y para otra persona que aún ignora nuestro regreso a la Patria”.

Confieso que aquel whisky eucarístico, como decía el Teniente Díaz, sabía a gloria en cualquier circunstancia, razón por la cual nos llenó de sentimentalismo no acostumbrado.

—“Como te dije, la muerte del Teniente Obando sorprendió a unos y a otros no. Según algunos, había dejado de ser el veterano prudente que todos conocíamos y admirábamos, y convirtiéndose en el más temerario. Siempre salía ileso: la muerte le huía. Esto le exasperaba. Una vez le dijo a un compañero y viejo amigo, estas palabras: “Parece que sólo yo no tengo derecho a morir. Ya estoy cansado. Ya nada tengo que hacer ni que esperar en este mundo. ¿Por qué no emprender el viaje de regreso? “—Hablaban de marcharse, pero de un modo velado, sin aclararlo nunca. Esta manía suya creo que llegó a fastidiarnos. Cierta ocasión no pude yo, a pesar de nuestra estrecha amistad, reprimir mi primer impulso e intencionalmente coloqué mi revólver sobre la mesa. Comprendió todo el alcance de tal gesto, y exclamó con amargura:

—“¡Padre mío Jesús de Atalaya! ¡Díaz! Soy demasiado hombre para eso. Siento que no me hayas comprendido. La muerte, como el matrimonio, se a-

cepta, no se busca”.

Nuestras conversaciones de los últimos días fueron muy cordiales, íntimas diría. Hizo lo que nunca: me preguntó por Panamá, por sus grandes hombres en la política, en las ciencias, en las artes. Yo le cité algunos. Si yo hubiese sospechado la verdad hubiera sido menos conciso y habría dado algunos momentos de felicidad a este sitibundo que a última hora, tras errar por sendas extraviadas, buscaba una fuentecita en donde abreviar su inmensa sed de hogar. Le cité algunos nombres, pero muy a la ligera: le hablé de Ricardo Miró, Rogelio Sinán, Darío Herrera y Gaspar Octavio Hernández. A estos nombres añadí los de Méndez Pereira, Ricardo J. Alfaro, Diógenes de la Rosa, Susto y algunos más, explicándole cual era a mi juicio, el sitio de cada uno. Me extrañaba que a un veterano como aquél pudieran interesarle estas cosas. Un día me dirigió a quema ropa esta pregunta:

—¿“No amenaza ningún poder extraño la existencia de la República de Panamá?”

—“La única amenaza que tiene sobre sí mi patria —le dije —la constituye el desgobierno de sus malos hijos. También debo reconocer que sufrimos las consecuencias naturales de alojar en casa a un vecino o inquilino tan poderoso”.

—“¿Vive aún el Dr. Belisario Porras?—me preguntó.

—“Sí, —le contesté— ha sido por tres veces Presidente de la República. A él debe la república gran parte de su actual prosperidad; el Interior, especialmente, le debe mucho”.

—“¡Un gran hombre, el Doctor Porras! ¡Un

gran hombre! “—y no añadió palabra. Jamás escuché más alto elogio del Dr. Porras.

Estas palabras del Teniente Obando me trajeron a la memoria lejanos recuerdos de mi primera adolescencia: a pesar de haber nacido yo con posterioridad a 1903, conocía bastante bien la historia política de nuestros prohombres. Sabía, por ejemplo, que el Doctor Porras se encontraba en Centroamérica, en el Salvador, creo, cuando la proclamación de nuestra independencia de Colombia; sabía también, por haberlo escuchado a algunos profesores del Instituto, que el Gran Liberal escribió un vigoroso panfleto en el cual adversaba el movimiento y hasta llegaba a llamar “carneros de panurgo” a los panameños. El Doctor Porras había estado, pues, a punto de convertirse en un apatriada, y sólo debido a su inmenso prestigio de liberal y a sus numerosas amistades, había obtenido que le fuera levantado el entredicho.

Una noche me dió el Teniente Obando la última sorpresa: nunca me preguntaba por mi familia y esa vez, contra su costumbre y con aparente indiferencia, me preguntó:

—“¿No es cierto que me dijiste en una ocasión, que eras tú el único hijo varón de tu madre?”

—“Soy el hijo único...”—contesté a desgano.

—“¿Y por qué no contestas sus cartas?”

—“No veo el objeto. No he de verla más”—contesté.

—“No digas eso, muchacho, no digas eso. Tú regresarás a tu Patria, a tu hogar, y no te separarás más del lado de tu madre”.

Había tal dulce autoridad en su voz que miré a-

sombrado a lo profundo de sus ojos negros.

—“No he de ver más a mis padres”—insistí.

—“Yo no he hablado de “tus padres”, sino de tu madre, y eso es muy diferente. ¿Por qué no habías de volver al lado de ella? Tu madre merece tu regreso y tu compañía”.

El Teniente Obando acaba de poner el dedo en la llaga.

—“¿Crees en mi amistad?”—me preguntó.

—“Usted ha tenido para conmigo afecto paternal”.

—“No digas tonterías, muchacho, no digas tontorías. No hay nada de paternal en mi amistad. Yo soy para tí un camarada y nada más. Ya ves que no te he permitido renunciar a echarte tus tragos de vez en cuando”.

Su última pregunta me dejó desconcertado:

—“¿Por qué huiste del lado de tus padres?”—me preguntó.

Me pareció como si un hermano mío me hubiese preguntado: ¿por qué abandonaste a nuestra madre? La vieja herida sangraba. Le abrí la entrada al último refugio de mi corazón al contestarle:

—“Estaba cansado de ver el abandono y poco aprecio que mi padre hacía de mi madre. Ella es una santa mujer y temí comprometerme cualquier día...”

—“¡Padre mío Jesús de Atalaya! Me lo imaginaba...”—le oí murmurar entre dientes, con voz imperceptible. Luego se quedó largo rato en silencio, meditabundo, apoyada la barba en la palma de la mano y el codo en la rodilla, postura característica suya. Rato después se levantó bruscamente y se marchó sin

decir palabra, como se aleja la dicha o como se nos echa encima la desgracia. No me atreví a detenerle ni a preguntarle; ví a la débil luz de una vela de cera, dos estrellas ardientes en las mejillas del veterano.

Fué la de esa noche, la última conversación que sostuvimos, porque el día siguiente la Muerte salió al fin a su encuentro. El Teniente Obando, el veterano que había afrontado las situaciones más difíciles y peligrosas, cayó herido de muerte por una bala perdida. Yo me encontraba a su lado en el trance supremo. Me estrechó una mano y me miró con tristeza.

—“¡Llegó mi hora! —me dijo—. El General tiene algo para tí. Le dirás a tu madre que ha muerto el Hombre sin Patria sin haber dejado de pensar en ella...” —Luego añadió su última invocación a la Patria lejana:— “Padre mío, Jesús Nazareno de Atalaya...” —

Quedé desconcertado ante tan inesperado desenlace. La incineración se efectuó según lo dispuesto por el Teniente Obando. Yo me encontraba triste: mi tristeza provenía, por una parte, de pensar que el Teniente no había tenido tiempo para darme sus últimas instrucciones antes de morir; por otra, me dolía el recuerdo de que, habiendo él conocido a mi madre, no me hubiera hablado antes de ella. ¿Por qué sólo a última hora, en el último instante, ese recuerdo tardío consagrado a mi madre?

Creí prudente esperar a que el General me llamara para entregarme lo que mi amigo me anunciara antes de morir, más viendo que pasaban los días y que no lo hacía opté por presentármele.

—“Le esperaba —me dijo—. Voy a entregarle los

objetos que me dió para usted el Teniente Obando. Infórmese de todo lo que le concierne. Irá usted a depositar las cenizas del Hombre sin Patria a la tierra que le vió nacer”.

Me encerré en mi cabaña a fin de no ser interrumpido, y no sin cierto respeto y temor supersticioso, me puse a leer aquellos papeles. Contra lo que yo esperaba, no había entre ellos ninguno de importancia para mí. Eran cartas medio borrosas y de firme ininteligibles. Por fin quedó como adherido a mis dedos un sobre al cual se asía desesperadamente una vieja y lejana dirección, escrita veinte años atrás y que me era familiar. Abrí el sobre y encontré la carta siguiente”.

El Teniente Díaz me dió a leer la carta. De ella recuerdo solamente los párrafos siguientes:

—“Cuando recibas esta carta y vuelvas a tener noticias mías después de tantos años, yo me encontraré de nuevo muy cerca de tí. ¿Recuerdas que rompiste nuestro compromiso porque yo reprobé el movimiento separatista del Istmo? Ambos poseíamos un patriotismo exaltado. Comprendo que yo hice mal en decir en tu presencia que no aceptaba la separación de Panamá y que prefería la bandera colombiana. ¿Nos ofuscamos, verdad? Hubo en nosotros más patriotismo que amor. Nos separamos para siempre. Tú me amabas y aunque podías no casarte conmigo, te era imposible dejar de amarme. Yo huí lejos de tí. Presté mis servicios en diversos países, en busca de una oportunidad que me permitiera morir dignamente.

Repetidas veces he creído llegado el momento de mi rehabilitación. Do quiera que alguien levantó la bandera de la rebelión contra los tiranos, yo combatí a

los tiranos con las armas y con la palabra. He peleado en varios países por el triunfo de la Libertad y de la Justicia. Pero ya he renunciado a todo. Vivo, no quiero el regreso. Ya que no puedo recobrarte, tampoco deseo recobrar a mi Patria.

He querido evitar a tu hijo mi mismo trágico destino: él también estaba a punto de convertirse en lo que yo soy, en un hombre sin patria. El ignora nuestra historia y me ha contado cuanto yo podía saber. Realizaste tu aspiración de casarte con un "panameño". Sé que no eres feliz. Lo sospechaba, porque te devuelvo a tu hijo, mío en el espíritu y en el corazón. El te llevará mis cenizas y juntos iréis a depositarlas al cementerio. ¡Sobre mi tumba quiero orquídeas! ¡Que de mi viejo y no gastado corazón, brote una Flor del Espíritu Santo! Orquídea que tú lucirás un día sobre tu cansado y palpitante corazón. Quiero además, que publiquen en todos los diarios y revistas de Panamá, en lugar preminente, un vistoso anuncio con la leyenda siguiente:

"¡El Hombre sin Patria ha vuelto del exilio!"

No recuerdo el resto de la carta. El Teniente Díaz se marchó, y yo lo iba olvidando, cuando un día recibí de él la siguiente carta, acompañada de un buen rollo de periódicos:

—“Nuestro amigo tenía razón, debo quedarme en Panamá. Mi padre ha muerto. Cuando yo nací, mi madre aún pensaba en el Teniente Obando, y mi padre, con su mal comportamiento, la obligó a recordarlo toda su vida. No sabes con cuanta delectación bebimos el whiskey eucarístico, como lo llamamos. Las cenizas del último panameño descansan ya en un cementerio de

la patria. Ya plantamos sobre su tumba la simbólica Flor del Espíritu Santo, nuestra flor nacional, y yo declamé, como en un funeral griego, los hermosos esdrújulos inmortales del chorrerano Martín Feuillet, nuestro gran poeta panameño del siglo diecinueve. Creo que el soldado y el poeta nos acompañaban, porque ambos sentíamos su presencia, yo, al declamar el poema y mi madre, al esparcir un poco de tierra sobre la tumba. Después de todo, nada se opone a que nuestros muertos recojan sus pasos y se despidan de los seres queridos”.

Además de la carta, leí en cada uno de los diarios recibidos la leyenda siguiente, muy artísticamente presentada:

“EL HOMBRE SIN PATRIA HA VUELTO DEL
EXILIO”.

* * *

Te confieso, querido lector o lectora benévola y hermosa, que cuando acabé de leer el manuscrito me sentía como con algo raro atravesado en la garganta. A su vez, el ciego se había levantado y con su mirada oscura escudriñaba la montaña, y se pasaba el dorso de la callosa mano por la mejilla.

La selva recogía el aliento para dormir, mientras el Bulabá ensayaba, a los últimos rayos del sol, su canción nocturna. Era hora de regresar a Santa Fe.

—“Me marcho —dije al ciego—. Volveré por aquí en mis próximas vacaciones. Le ofrezco dar a conocer esta leyenda”.

—“Hay agua de montaña y el Bulabá, está creciendo—me contestó. Le aconsejo que duerma con

nosotros”.

Me quedé a pasar la noche, y al día siguiente, muy temprano, emprendí el viaje de regreso a Santa Fe, hecho el propósito firme de visitar en mis próximas vacaciones al Ciego del Bulabá. Estoy seguro de que en aquel cajón que tanto cuida guarda otros manuscritos como el que me regaló.

ALFREDO CANTON.

Santa Fe, Veraguas, 1945.



Próximamente!

**PANAMA ES UNA
TACITA DE ORO**

novela corta inédita

por

FITO AGUILERA

BIBLIOTECA SELECTA

CUADERNOS PUBLICADOS

1 VOCACION FILOSOFICA

del Doctor Justo Arosemena
por El Dr. J. D. Moscote
El Marqués de Lumbría
novela por Miguel de Unamuno.

2 PANAMA, PAIS Y NACION DE TRANSITO

por el Dr. Octavio Méndez Pereira
La Institutriz
novela por Stefan Zweig

3 INTRODUCCION AL CUENTO PANAMEÑO

por Enrique Ruíz Vernacci
y cuentos de Salomón Ponce Aguilera,
Darío Herrera y Ricardo Miró

4 “TODO UN CONFLICTO DE SANGRE”

A la Orilla de las Estatuas maduras
dos cuentos de Rogelio Sinán

5 SIETE CUENTOS MEXICANOS

Selección y Nota Preliminar
por Manuel Maples Arce.

6 EL CIEGO DEL BULABA

Novela corta inédita
por Alfredo Cantón.

Concurso Literario

Gane 25 Balboas

La Farmacia Selecta, en gesto digno de loa, presta su apoyo decidido a nuestra empresa de difusión cultural patrocinando este CONCURSO DE CUENTOS al que concurrirán únicamente los alumnos de los Colegios de Segunda Enseñanza

El tema y la extensión de los cuentos quedan a voluntad de los concursantes.

Los trabajos (tres copias) deben enviarse a Biblioteca Selecta, Concurso Literario, Apartado 3181—Panamá—antes del 15 de Octubre, fecha en que se cierra el Concurso.

Los resultados se darán a conocer en No. 11 de Biblioteca Selecta correspondiente al mes de Noviembre.

Habrà un premio único de VEINTICINCO BALBOAS y las menciones honoríficas que el jurado crea conveniente.

• R O N •

MORGAN



El más recomendado
para cocteles y ponches

LICORERA DEL
PACIFICO

Tel. 2136-B Apartado 321

! P r ó x i m a m e n t e !

C U E N T O S
G U A T E M A L T E C O S

Selección

y nota preliminar

por

ALFONSO ORANTES

VISITE TABOGA

durante las festividades de la

VIRGEN DEL CARMEN



Comodidades y precios especiales para
los visitantes en el Centro Turístico de
la Restinga al cuidado de Mrs. Malloy y
en el Hotel Taboga de los Hnos. Chu.



Servicios especiales de lanchas de Pana-
má y la Zona del Canal



No olvide que estas festividades tendrán lugar los
días 20 y 21 de Julio!

LA JUNTA DE FESTEJOS.

C U A T R O C U E N T O S I N E D I T O S
D E A U T O R E S P A N A M E Ñ O S

• **J. M. SANCHEZ**

“PUEBLO PUERTO”

Personajes y aspectos de la vida de un puerto tropical, soberbiamente logrados por la pluma de José María Sánchez e ilustrados por Carcheri, Conte Porras y Franco.

• **OFELIA HOOPER**

“EL INDIO SEÑIL DOMADOR DE JAGUARES”

Leyenda guaimí donde campea la gallarda silueta del valiente Señil atravesando las selvas acompañado por sus treinta jaguares.

• **JULIO B. SOSA**

“LA CERCA DE PIÑUELAS”

Un crimen pasional entre los ritmos del bullarengue y la cumbia, mientras la sangre hierve a los efectos del guarapo y la chica.

• **DR. J. M. NUÑEZ**

“TATA!”

Cuento de vigoroso realismo en el que la vorágine del vicio y las fuerzas de la naturaleza bravía castigan rudamente al viejo “tata”, ebrio de alcohol y de pasiones.

Aparecerán en los próximos números de la
B I B L I O T E C A S E L E C T A

La Vitamina “C” es esencial para el hogar

La “vitamina C” es esencial para resistir las enfermedades pulmonares.

Contribuye a mantener la dentadura en buen estado.

Es esencial para la formación y mantenimiento de los dientes. Evita y cura el escorbuto.

La “Vitamina C” también ayuda a la cauterización de las heridas y a sanar las fracturas de los huesos.

Ayuda a la resistencia del organismo, contra las toxinas y a la conservación del cabello, porque da vida al sistema capilar. Las frutas y los vegetales frescos, tienen mucha Vitamina C. Especialmente, las naranjas, las toronjas, limones, piñas, manzanas, sandías, papayas y grosellas.

También son ricos en Vitamina C los vegetales como tomates, espinacas, pepinos, habichuelas, berros, pepinos, cebollas, y hojas de remolacha.

La falta de Vitamina C provoca la caída del cabello, las caries de los dientes, las encías hinchadas y sangrantes, la descalcificación de los huesos y otras enfermedades.

La falta de Vitamina C provoca suceptibilidad del cuerpo a las infecciones, la pérdida del apetito y de peso; y en los niños retarda el crecimiento y su desarrollo normal.

Las personas carentes de “Vitamina C” están propensas a sufrir de tuberculosis, caries dentales, difteria y pulmonía. Sufren constantemente de resfriados y catarros crónicos. En algunos casos, la Piorrea también tiene su causa en la carencia de Vitamina C.

ALIMENTESE A MEDIDA DE SUS FUERZAS, CON FRUTAS Y VEGETALES.

El cansancio que experimentan muchas personas cuando hacen algún esfuerzo; la pérdida peso y de vitalidad, obedecen a la carencia de “Vitamina C”.

La Vitamina a la cual nos referimos, desaparece fácilmente del cuerpo, si el organismo no ingiere diariamente cierta dosis de ese vital elemento.

Esta vitamina, debe ingerirse sin descanso, consumiendo frutas—MUCHAS FRUTAS y vegetales frescos.

Tómese una limonada todos los días y consuma en cuanto le sea posible naranjas, toronjas, o piñas. También le aconsejamos ingerir vegetales verdes y amarillos.

**Banco Agro-Pecuario)
(Junta Nacional de Nutrición**

PRODUCTOS

PHILCO

- Radios
- Refrigeradoras
- Lavadoras
- Etc.

SOLICITELOS EN LA

MUEBLERIA GOMEZ

AVENIDA CENTRAL 158

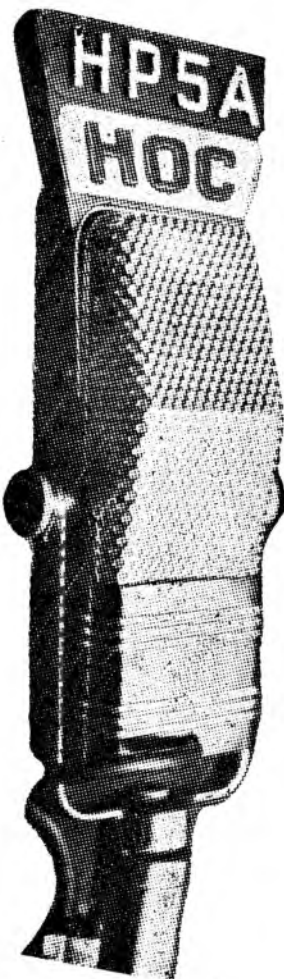
Cadena

HOC Y HP5A
PANAMA

Panameña

HOK Y HP5K
COLON

Radiodifusión



LECHE MARCA
''AMEGLIO''
HELADOS
''SUAVEL''

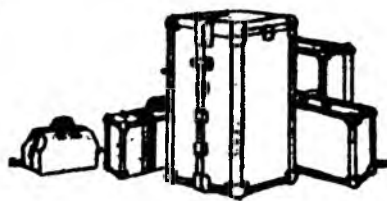
Cía. Suavel de Helados y Leche, S. A.

Calle Juan B. Sosa No. 5

. Tel. 2066

PANAMA, R. P.

FABRICA
NACIONEL
DE
BAULES
Y
MALETAS



HERCULES

Surtido completo de artículos de viaje

REPARACIONES. LLAVES. INICIALES.

Tel. 2662

Ave. J. F. de la Ossa, No. 28

EL BUEN VECINO, S.A.

(Carretera del Aeropuerto No. 80)

FABRICA DE ROPA

GUAYABERAS, PIJAMAS, PANTALONES Y

UNIFORMES PARA NIÑOS Y HOMBRES

Gerente General: Raimundo Ortega Vieta

Teléfono 2732_J

Apartado: 572

Angelini

COMERCIANTES EN LICORES DESDE 1890

Teléfonos 887—1687

Ave. Central 779



"LA
PINTURA
MAGICA"

Guardia & Cía. S. A.

Teléfono 1496
PLAZA DE HERRERA

SUSCRIBASE
a la
Biblioteca

SELECTA

PRECIO B/1.50
AL AÑO

envíe su vale postal
al apartado 3181

**MUEBLERIA
TUÑON**

Ave. Central y Calle 31
(Edificio San Roque)

Muebles cómodos y
elegantes a precios
especiales

Compre sus muebles con
tiempo.

Aproveche nuestros
precios especiales.

La mejor HARINA DE MAIZ de
la República

la fabrica

EL MOLINO SEVERINO

Calle Montesión No. 10—Tel. 278—Apartado 717
Panamá, R. de P.

FARMACIA SELECTA

Magnífico surtido de medicinas de patente

PERFUMES

COSMETICOS

PRECIOS RAZONABLES

Teléfono 66

Calle "T" No. 4

Mario Galindo y Cía. S. A.



Materiales de construcción.

Ferretería en general.

La pintura de mejor calidad.

Ave. Norte 71



Teléfono 119



IMPRESIONES • ALTO RELIEVE
PROCESO DE LITOGRAFIA
RAYADO • ENCUADERNACIONES

IMPRESA DE LA ACADEMIA

Calle Juan B. Sosa, No. 8 • Panamá, R. de P.



LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA

Todos los Hospitales y establecimientos de caridad de la República se sostienen con el producto de LA LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA.

PRUEBE SU SUERTE COMPRANDO TODAS LAS SEMANAS BILLETES DEL SORTEO ORDINARIO Y DE LOS "3 GOLPES"

No Compre Chance Clandestino

Protéjase Ud. mismo y ayude a los necesitados comprando únicamente billetes de la LOTERIA NACIONAL DE BENEFICENCIA DE PANAMA.

RECUERDE QUE LOS SORTEOS EXTRAORDINARIOS SON UN EXITO.

BIBLIOTECA SELECTA

dirigida por **ROGELIO SINAN**

Si quiere Ud. formarse una idea exacta de nuestra joven literatura colecciona desde hoy la Biblioteca SELECTA. En cada entrega le daremos a Ud. textos completos de los mejores escritores del Istmo con noticias sucintas de su vida y sus obras.

Si desea conocer lo más selecto de la literatura mundial adquiera cada mes los cuadernos de Cultura SELECTA. En cada número publicaremos la obra más significativa de los mejores escritores del mundo.

Coleccione la Biblioteca SELECTA. Ella le brinda un panorama completo de la literatura universal en ediciones modestas y económicas, impresas con la mayor pulcritud.

SELECTA aspira a divulgar la cultura, reduciendo los precios y brindándole al mayor número de lectores lo más interesante de la literatura mundial.

Adquiera siempre la BIBLIOTECA SELECTA y recomiéndela a sus amigos. Solicítela en los puestos de venta o en nuestras oficinas, Avenida Ancón 73, Apartado 3181, Teléfono 1436-L. Panamá, Rep. de Panamá.

Precio de Suscripción
B. 1.50 al Año